

LOLA LECHUGA
IN MEMORIAM
El símil de la montaña
Ignacio Jáuregui Lobera



El pasado mes de agosto, tras larga lucha, nos decía adiós nuestra amiga y compañera Lola Lechuga. Para quienes no la conocieron, Lola fue una magnífica psicóloga, una excelente compañera y una persona con principios, con amplia cultura y con grandes intereses por todo lo humano. Casi siempre, en el ámbito profesional, en compañía de Nieves Gámiz, creó, promovió y prestigió un lugar al que, con garantía, se podía acudir en Málaga para cualquier problema relacionado con los trastornos de la conducta alimentaria. Dicho lugar es el Centro de Psicología NILO, de Nieves y Lola, nada que ver con el río. Así de simple y así de bonito. Pero como si del propio río se tratara, en dicho Centro han aprendido a nadar muchas personas, casi ahogadas en su trastorno alimentario. Y una de las que han enseñado a nadar a tantas y tantas personas enfermas fue Lola Lechuga. Gracias a ella salieron de la corriente que se las llevaba y nadando en contra llegaron a la mejor orilla para seguir disfrutando de la vida. Vida que Lola tanto amaba y que con certeza sabía transmitir a sus pacientes cuando nadar contra corriente se hacía tremendamente duro. Me consta personalmente que nunca dejó a sus pacientes, ni siquiera cuando la enfermedad no le permitía atenderlos. En ese momento, en su recuerdo, seguían estando a su lado y ella nadaba para sí y seguía ayudando a nadar a los demás. Con fuerza, sin desánimo, siempre, hasta el final.

Pero Lola, para quien esto escribe, es no sólo río, sino, ante todo, un símil: el símil de la montaña. El 27 de septiembre de 2006 tuve conocimiento de su dolencia, cuando ella me lo comunicó personalmente. Me decía que no sabía si podría asistir a la siguiente reunión de APTA, en Antequera, precisamente por su enfermedad y por el tratamiento que entonces iniciaba. APTA fue, porque dejó de ser, una Asociación de Profesionales dedicados a los Trastornos Alimentarios, de carácter informal y que aspiraba a reunir tres veces al año a profesionales de Andalucía que quisieran departir y compartir sus experiencias y celebrar una comida para charlar lejos de los despachos y las consultas. Lola, siempre que su salud lo permitió, estuvo en esas reuniones. Y cuando no pudo estar siempre quiso acudir a la siguiente reunión. Lo cierto es que APTA dijo adiós mucho antes que Lola. Resultaba costoso, tal vez pesado, comprometerse a estar en las reuniones tras una semana de trabajo y con otras obligaciones familiares, etc. No pudo ser. Pero Lola siempre soñó con volver a esas reuniones, lo soñó hasta en sus últimos correos. Cuando vio que APTA no podía ser, aspiró a reunirnos, en grupo más pequeño, unas cuantas personas que sólo quisiéramos charlar y comer en compañía. Y esto tampoco pudo ser. No tuvo tiempo, no se le dio

tiempo. Pero decía que Lola es como el símil de la montaña. Quiero guardar, como un tesoro, algunas cosas que, en nuestros correos de cuatro largos años, pudimos compartir. Y sólo me permito regalar, a quien quiera leerlas, algunas de sus ideas y palabras. En uno de sus correos me decía:

Yo con mis pacientes empleo muchas veces el símil de la montaña. Generalmente al iniciar el tratamiento, les digo siempre que tienen dos caminos: uno que cuesta trabajo, cuesta arriba, que requiere mucho esfuerzo pero que llegar a la cima es muy importante y van a encontrar allí un aire nuevo, renovado, que les va a permitir vivir de otra manera, con más calidad de vida; otro camino, cuesta abajo, más fácil, pero que las conducirá a un hoyo profundo del que les será muy difícil salir y su calidad de vida se verá totalmente mermada.

Yo le había sugerido algo sobre las montañas, con el afán de darle ánimo, de alentarla en lo que ya se preveía como una larga escalada:

Como sabes, yo procedo de Zaragoza y el tener tan cerca los Pirineos hace que en nuestra infancia casi todos hayamos tenido contacto con la montaña. El caso es que cuando subes una de esas inmensas montañas, según asciendes, el cansancio se acumula y cada vez hay menos oxígeno en el aire. Sin embargo, ver la cima da una fuerza extra y un aire fresco... todo lo necesario para llegar.

Y así, correo tras correo, íbamos comentando sobre montañas, ascensos, escaladas y bravos ciclistas subiendo interminables puertos con ambición de triunfo. No había otro planteamiento más allá que el de luchar, escalar, ascender, aguantar, soportar, no desfallecer. Y siempre con nuestros pacientes en la misma carrera, también sufriendo, escalando, luchando, para conseguir una mejor calidad de vida, como Lola les decía. Nuestras vidas profesionales estaban en nuestros comentarios en lo que parecía ser un pelotón ciclista luchando, todos, por lo mismo. Como en toda ascensión y escalada, hay falsos llanos, bajadas y momentos de respiro. Y así, también tuvimos tiempo de llanear. Con tranquilidad, pero siempre esperando nuevas subidas que, a cada vuelta de una curva, podían aparecer de nuevo. Y aparecían. Y Lola cambiaba de ritmo y afrontaba las nuevas subidas, incluso con fuerza para ir charlando en el ascenso. Y volvíamos a charlar de nuestro trabajo y de la vida en general. Podíamos relativizar el trabajo y ambos veíamos cómo iban cambiando las cosas en el mundo de los trastornos de la conducta alimentaria. Pero decía que en la larga carrera hubo momentos de

descanso e incluso Lola hizo alguna parada para recuperar fuerzas. Una primera gran parada fue la que hizo, hacia mayo de 2007, queriendo ver a sus pacientes:

...Conforme iban llegando las pacientes, veía mucho cariño por su parte y sentí, a través de sus gestos y palabras, lo que había echado en falta: eso siempre es enormemente gratificante. Cuando terminé con las paciente aún, sin yo saberlo, me quedaba el momento más bonito de la mañana: me esperaba mi hijo con un gran ramo de flores, había ido para acompañarme de vuelta a casa. Sus flores se sumaron a los cuatro ramos que ya había recopilado en la consulta de las compañeras, Nieves, Julia y Mónica, y los que me habían llevado las pacientes. Al final, el coche parecía una floristería...

Y con nuevas fuerzas, aire fresco y mejor ánimo, seguía su camino. En lo que yo podía, le ayudaba en la dura prueba, viendo siempre que cualquier palabra, por simple que fuera, era como un control de avituallamiento en su largo recorrido.

Entre palabras y palabras, llegó agosto de 2007 y Lola hizo un descanso más importante para recuperar energía y ánimo, esta vez en Baleares. Allí, me consta, disfrutó del mar, de los paisajes, de la gastronomía, de sus seres más queridos. Y de vuelta a Málaga, de nuevo, del mar. Pero la carrera continuaba y pronto se avecinaba una nueva cuesta, de mayor desnivel si cabe. Otra vez a cambiar el ritmo y a subir con esfuerzo y fatiga. Me decía Lola que su ascenso se parecía al que yo le había contado que en cierta ocasión realicé caminando al alto de Cervales, en Navalmoral de la Mata (Cáceres), una tachuela de unos 1400 metros, que, en su día, me pareció interminable. Pero los Cervales era un paseo comparado con el duro ascenso de Lola, nada equiparable. Y subía con fuerza y dignidad, con esperanza, dando ejemplo.

En sus descansos, Lola, amante del arte y la cultura, también leía. Y leía mucho y le gustaba el cine, ese cine que a mucha gente cansa y que a otros, como a Lola, les hace pensar. Me recomendaba una película, de Isabel Coixet, que le había emocionado. Era “Mi vida sin mí”, un relato de la lucha contra la enfermedad, apegándose a lo que uno más quiere. Decía Lola que *transforma un hecho triste en un canto a la vida*. Y seguía con sus películas y sus libros, *como verás ahora tengo mucho tiempo para leer*, me decía hacia enero de 2008.

No siempre que nos envían un e-mail nos fijamos detenidamente en el “asunto”. En el caso de Lola, me parecían de lo más bonito, siempre frescos y animosos. Así, un 3 de febrero de 2008 me decía en su “asunto” *Buenos días desde Málaga*. Con estas

tomas de contacto los e-mails, siempre distantes, tomaban calor, cercanía. Era como si Lola estuviera ahí, al lado, con una taza de café, charlando animadamente de una y mil cosas. Era incansable. Me volvía a recomendar películas, como “En el valle de Elah” o, incluso, me daba el nombre de un fenomenal guía turístico que ella había conocido, para que cuando yo fuera a Egipto tratara de que fuera también mi guía. Estaba en todo, en cada momento.

Su trabajo estaba siempre presente, en cada instante de su vida recordaba a “las niñas” y no perdía la ocasión de reflexionar sobre los factores sociales que tanto han incidido en la presentación de los trastornos alimentarios en los últimos 40 años en España. Hablábamos de ello y un día me contaba una experiencia personal:

Cuando llegó el frío tuve que cambiar mi vestuario porque todo me quedaba bastante grande. Entré en una tienda. Una señorita me preguntó mi talla. Le respondí que era una 42 pero que había adelgazado bastante. Ella me proporcionó una 38. Al probármela y decirle que me quedaba grande, ella con una gran sonrisa de satisfacción y pensando que era una especie de "piropo" hacia mí, me respondió "Qué bien señora, le voy a dar una 36". Mi respuesta fue hacerle entender que, con mi edad, si alguna persona le pide una 36, no es algo digno de alabanza sino tan sólo la consecuencia de falta de salud. Creo que me comprendió en ese momento aunque ignoro si posteriormente serviría para algo. Por supuesto me salí del establecimiento sin probarme la talla 36. Entré en otro y, por cierto, me compré un pantalón de la 40. Puedes comprender que es un problema diferente la deseada unificación de las tallas. En nuestra sociedad Ignacio, la norma establecida es la exigencia de adelgazar por encima de todo aunque puedas ver a una persona demasiado delgada por sí. Siempre, se considera, es estupendo adelgazar más, continuar adelgazando. Ese es el modelo y esa es la norma. Como tu bien dices, en la época de los pícaros, se dieron ciertas condiciones que ocasionaron este tipo de comportamientos.

Se refería Lola a un libro que yo le había remitido en el que se habla de pícaros, personajes con comportamientos que, curiosamente, recuerdan mucho a los que exhiben muchos pacientes con trastornos alimentarios. Veíamos la evolución de dichos trastornos en España, en los últimos años, con algún sentimiento de decepción en cuanto a lo que venía rodeando a dicho ámbito clínico. Comentábamos que las reuniones en forma de Congresos, Jornadas, etc. suponían mucho tiempo, ausencia de nuestras consultas y, la verdad, cada vez menor beneficio en todos los aspectos. Era, de alguna

manera, siempre más de lo mismo. Por eso había nacido APTA, para hablar de nuestras cosas, de las del día a día, de las que, de verdad, nos importaban, más allá de mitos y ritos, clínicos o académicos. Digamos que nos íbamos convirtiendo al escepticismo a la vista de la deriva de algunas cosas. Hablando del final de esas reuniones, que se veía venir, me decía Lola, en abril de 2008:

Me da pena lo que me cuentas de Antequera. De verdad añoro mucho esas reuniones. Creo que eran muy provechosas y deseo que aunque cada vez participen menos personas, se sigan manteniendo. Por supuesto que quiero estar presente en la siguiente reunión.

Siempre, siempre, quiso seguir asistiendo. Habíamos pensado, junto con Nieves, que una reunión la centraríamos en la situación actual de nuestros Centros, nuestra forma de trabajo, la forma de colaborar, etc. Lola no pudo llegar a verlo. Pero sí pudo desearlo, que ya es mucho en estos tiempos.

A propósito de nuestros Centros, hablábamos un día sobre terminología. Pacientes, clientes o usuarios. Y es que, cada vez con más claridad, la gente acude más a la tienda que a la consulta. Así, no es extraño que cliente o usuario hayan hecho fortuna. A Lola no le gustaban los clientes ni los usuarios. Le gustaban sus pacientes, sus enfermos y, con todo cariño, sus “niñas”. Consultas convertidas en “compra de salud”, tarjeta en mano, no eran de su agrado, tampoco las consultas-comercio, que venden de todo y hasta con rebajas.

Llegaron las medidas ministeriales para atajar el problema de las tallas, había que tomar medidas para ver cómo era la mujer española. Lo de tomar medidas fue literal, no sé cuántas mujeres pasaron por el dispositivo para acabar convertidas en campanas, diábolos y no sé qué más. La verdad es que fue entretenido, la verdad es que no sirvió para nada. Tras algunos comentarios al respecto, las palabras de Lola no dejaban lugar a dudas: *La verdad es que cada vez creo más que a mayor ineptitud las personas son promovidas a puestos de mayor responsabilidad. ¡Así nos va!* Por mi parte sólo podía estar de acuerdo. Estamos tan acostumbrados a *estudios* sin pies ni cabeza, que se llevan un buen dinero, que ya no nos sorprende nada. Ese era uno más.

Mientras hablábamos de clientes, usuarios o diábolos Lola no perdía ocasión de dar las gracias a todos los que consideraba le ayudaban. Un simple correo de dos líneas era motivo de agradecimiento por su parte. Así, en junio de 2008 me decía: *He sentido la fuerza de los amigos y eso ha sido muy importante para mí. Cada vez más, las*

emociones y los afectos cobran más importancia en mi vida. Hay gente que ha estado cerca físicamente y gente a la que sentido cerca aunque no haya estado físicamente. Como tú. Creo que toda mi fuerza también es vuestra. Gracias por estar ahí. Jamás olvidó estos comentarios que, hablando de cine, de pacientes, de libros o de viajes, siempre estuvieron presentes. Mostraba ser una mujer luchadora, íntegra y agradecida.

Supé también que Menorca era la isla favorita de Lola. Cuando la enfermedad le daba tregua y el duro tratamiento algún descanso, hablaba de Menorca, del lugar que la relajaba mucho y que, aun en crisis, siempre estaba llena según me comentaba en julio de 2008. Al poco de hablar de Menorca comenté a Lola que yo iba a hacer la osadía de viajar a Egipto en agosto. Creo que le preocupó algo el tema del calor y las calles. Así, me decía: *Pienso que es uno de esos viajes que obligatoriamente hay que hacer. A mí me encantó. Me impresionó el Nilo y qué más te podría decir... todo lo que hay allí. La única pega que le veo es la temperatura que puedas encontrar en esta época y los madrugones que te van a dar. Yo fui en Semana Santa y ya al mediodía hacía bastante calor. Me contarás luego si has sido capaz de cruzar las calles de El Cairo. Es toda una aventura.* Todo se cumplió. El calor y los madrugones producen un cansancio sólo compensado con las maravillas que se contemplan. Lo de las calles de El Cairo es, efectivamente, una aventura, como lo son las tiendas, los pequeños cafés y cualquier cosa de la vida cotidiana del lugar. Estuve en la visita obligada que también Lola me había comentado: *Sentarse en el café de "los espejos" (no me acuerdo de su nombre) en pleno bazar, donde se inspiró el nobel cairota Naguib Mahfuz para escribir "El callejón de los milagros" y observar el bullicio de la gente y los personajes que pasan por allí es una delicia.* Hoy me queda, por eso lo comparto, la satisfacción de haber podido vivir con una compañera de profesión primero y amiga más tarde tantas cosas en medio de una vivencia de dolor y sufrimiento que, sin embargo, nunca hicieron perder a Lola su entereza al estar ahí, al otro lado de un ordenador. Para mí ha sido toda una lección.

En otoño de 2008 estaba feliz tras su paso por la querida Menorca: *La semana de Menorca fue maravillosa. Disfruté cantidad de sus playas, su comida y la compañía de los míos. No sé si conoces la isla. Es un verdadero placer para los sentidos: desde el caminito que te lleva a las calas vírgenes lleno de olor a pinos e higueras hasta meterte en el agua transparente turquesa, pasear por Ciudadela (me gusta mucho más que Mahón) o comer su deliciosa cocina.* Siempre era Lola, la mujer encantada con lo que

veía, lo que olía, lo que leía, todo era motivo de comentario y reflexión, nada pasaba por su lado sin que ella se detuviera a contemplarlo. En esta ocasión, de nuevo, la enfermedad, la maldita enfermedad, no le iba a permitir su reencuentro con el resto de compañeros que nos reuníamos, aún, en Antequera. Lo sentía profundamente: *De las cosas primeras que pensé es que se me cortaba mi ilusión por verme con vosotros en septiembre. Me encontraba, me encuentro bien y me cuesta que me vuelvan a poner mal. Demasiados golpes para el cuerpo y para el alma.* Mal otoño fue el de 2008 para Lola. Llegó diciembre y me volvía a hablar: *Tiempo duro, difícil, contradictorio... Salí del hospital a las 48 horas... Todavía no sé cómo fui capaz de subir todas las escaleras de mi casa pero lo hice. Fuerza mental, supongo, porque física tenía poca. Después vinieron días malos, mejores y regulares. Mucho cariño a mi alrededor y alguna decepción. La vida misma. La enfermedad es un master en "condición humana". Actualmente estoy mejor. He retomado mi afición al cine, la lectura, salir a dar un paseo, comer, charlas de sobremesa con amigos...* Alternaba dolor con lo que le daba vida, era Lola, siempre era ella. Junto al dolor siempre estaba el cine, la familia, los libros, los amigos... No hubo ni un solo correo en el que el dolor apareciera como único protagonista, ni uno solo. La vida, el entusiasmo estaban siempre presentes y lo transmitía a los demás.

En abril de 2009 me hablaba de un modo algo distinto: *Estoy en un laberinto en el que cualquier camino que tome será difícil.* Ese correo fue muy duro, diferente. Tras una primera lectura se adivinaba una Lola abatida, cansada: *Hay otro camino que sería dejar todo tal y como está, disfrutar el tiempo que tenga lo mejor posible y, cuando se termine se ha terminado, fin del camino. A fin de cuentas, todos tenemos que tener un final.* Y unas líneas después reaparecía la Lola de siempre, la mujer luchadora, permanentemente involucrada en todo cuanto la rodeaba: *Siento mucho lo de Antequera. Lo he echado muchísimo de menos.* En esta ocasión, en mi correo, le había expresado a Lola algunos comentarios sobre cómo marchaban las cosas en relación con nuestro trabajo: *En mayo es el congreso de AEETCA y me temo que también se va a notar. De mi consulta no va nadie, cuesta muchísimo dinero (más el viaje, hotel, etc.) y mis compañeras consideran (creo que con razón) que no les resulta nada provechoso ni, habitualmente, novedoso. Ya sabes, más de lo mismo, por los mismos.* Me agradó saber que mi compañera, mi amiga al otro lado, pensaba lo mismo: *Respecto a los congresos, estoy totalmente de acuerdo contigo. No sé si recuerdas una carta de los*

psicólogos en la asamblea de AEETCA de Valencia. La escribí yo. En aquel momento decidí no volver más a estos congresos. Ese correo, tan duro en su inicio, acababa con la energía de siempre, con la coherencia, los principios. Eso me dio mucha satisfacción que aumentó al día siguiente al recibir un nuevo correo cuyo asunto decía *¡Buenas noticias!* En este caso, un estudio (TAC) había ido bien. Casi un mes después, mayo de 2009, seguía el mismo asunto: *¡Buenas noticias!* En efecto, Lola aparecía como nunca, me enviaba un correo, con comentarios de temas profesionales que, incluso, enumeraba. Por su interés, por lo que debe suponer para todos los que la hemos conocido y compartido con Lola inquietudes profesionales, transcribo sus ideas:

1. Hoy en una viñeta de *El Roto* con su acidez e ironía características viene la siguiente frase: "cuando los medios cesaron de hablar de la gripe, la población dejó de estornudar ...". Creo que es muy significativa de cómo los medios crean una alarma respecto a algo y ese algo se convierte en un boom y lo colocan en la cresta de la ola para luego hundirlo.

2. Creo que los TCA siguen estando ahí y sobre todo hay una edad que antes no aparecía y ahora tiene una importancia especial. Me refiero a los adultos de 40-45 años o más que presentan una frecuencia alta de problemas alimentarios y pienso que son más reacios a llegar a la consulta que la típica adolescente que "aunque no quiera la llevan".

3. La normalización de la delgadez en nuestra sociedad me parece algo muy preocupante. Se da por hecho que hay que estar delgada o muy delgada. Se refuerza demasiado esta idea y la obsesión con la cirugía y la imagen ya ha calado en todos los niveles. Esto antes sólo era habitual en la gente que se dedicaba a trabajar con su imagen (actrices, modelos, etc.). Ahora ya se piden préstamos para hacerse la cirugía y el balón intragástrico se anuncia en los medios de comunicación.

Y añadía: En fin Ignacio estamos en una sociedad donde lo que cuenta es, fundamentalmente, aquello de "sacar dinero". Y por otro lado, los medios de comunicación manipulan y alarman descaradamente. Que se lo pregunten a las farmacéuticas de los antigripales o a las casas fabricantes de las mascarillas.

No sé si realmente hay más o menos TCA ahora. No conozco ningún estudio epidemiológico serio respecto a su incidencia y prevalencia. Lo que sí sé es que durante un tiempo este tema estuvo de moda y ahora, su momento, ya ha pasado. En los medios ha sido sustituido por otras patologías (p.e. niño hiperactivo).

El 31 de julio de 2009 Lola me ponía al día de su “tour particular”. Era mi último día de consulta y me decía: *Ahora toca recuperarme y disfrutar hasta final de septiembre. Luego ya veremos. Tengo un aprendizaje largo en frenar los pensamientos anticipatorios... Cada vez me pongo las metas más cortas. Luego iré al cine, pasearé, leeré..., disfrutaré en la medida que pueda. Te deseo unas buenas vacaciones.* No cabe duda de que allí estaba la amiga y también la psicóloga que fue hasta el final. Ella era ahora su propia paciente y, en la medida que podía, era coherente con sus experiencia y, como decimos coloquialmente, se aplicaba el cuento. Todo un ejemplo.

Esa amiga y profesional, siempre puntual, estaba ahí enfrente el 03 de septiembre. El asunto de ese correo era *¡estamos en septiembre!* Y sus primeras palabras eran el reflejo de la amiga de siempre: *Me alegro de tu vuelta al trabajo y que hayas descansado lo suficiente para emprender tu nueva etapa en el próximo curso.* Me habló de sus aficiones, otra vez del cine, teatro, comida, etc. Me hablaba de sus aficiones y, sobre todo, estaba hablando de la vida: *aunque no estamos en periodo de buen cine, me ha permitido incluso irme a Madrid. He disfrutado allí de algunas exposiciones que quería ver (Sorolla, Matisse, alguna de fotografía -Annie Liebowitz...), teatro (una buena comedia de Woody Allen que es como la vida misma y me reí mucho), he charlado, he comido disfrutando de la comida y de hecho he ganado un poco de peso -que me hacía falta- y he recobrado fuerzas.*

Nuestra conversación del 06 de septiembre fue de las más enriquecedoras en lo profesional. Hablamos de centros de tratamiento, de asociaciones, de la Universidad y, sobre todo, de la contaminación de muchos ámbitos marcada por meros intereses comerciales.

El 29 de octubre de 2009 sentí, por primera vez, una ansiedad que antes no se había presentado en nuestras charlas. Mi interlocutor, al otro lado del ordenador, no era Lola: *Me ha pedido que yo te responda. Ella te escribirá en los próximos días cuando le cueste un poco menos de esfuerzo.* No era buena noticia, nunca había ocurrido y, aunque no tenía que ser trascendente, mi sensación fue mala, si bien, algo la apaciguó el hecho de que, unos días después, unos pocos, Lola reapareció: su asunto era *retomo el correo,* y sus primeras palabras *aquí estoy con un poco más de fuerza.* También ahora, recién salida de una fuerte tormenta, la profesional incansable estaba en un primer plano: *Mi esperanza y mi lucha es hacia una ventana abierta. Que todo esto me conceda una tregua y que pueda normalizar mi vida en la medida de lo posible. No aspiro a correr*

la maratón pero sí a ir a la consulta. No deseo un trabajo tan intenso como antes pero sí incorporarme a algunos casos que me permitan hacer algo que me gusta dejándome tiempo además para aquellas otras cosas con las que disfruto. Todo un ejemplo, una dedicación, que muchas veces ni siquiera los pacientes y sus familias llegan a considerar en su justa medida. De hecho, alguna vez lo habíamos hablado, los profesionales están más preocupados, más volcados, que los propios interesados, pacientes y familias. Y eso es algo, desgraciadamente, cada vez más frecuente.

En diciembre de 2009, nos deseábamos unas felices fiestas y Lola me decía: *Espero que este año nuevo se cumplan todos tus deseos con la universidad y que nos podamos ver algún día, quizás en Antequera, hablando de nuestras cosas...*

En febrero de este año 2010, las noticias eran peores, su estado de salud empeoraba y, sin embargo, era la Lola luchadora, vital, de siempre. En sus palabras estaba la paciente, la psicóloga, la persona amiga, la honradez, todo cuanto Lola reunía de manera excepcional, como poca gente puede hacer: *Como verás sigo con la cabeza en un sitio y el cuerpo por otro: pero bueno, mientras la cabeza vaya por delante del cuerpo, bien. Sin perder la perspectiva de la realidad: tengo que recuperar fuerzas, comer y hacer las cosas bien. Sigo con la esperanza de volver a trabajar. No la he perdido.*

En abril recibí el que sería su último correo, era el 06 de abril, mes de Feria y primavera, de azahar y noches de olor bajo los naranjos de Sevilla, de clima que acaricia el alma. Pero ese fue el día de su último correo: *Me alegré mucho al recibir tu correo. Ahora valoro mucho más las palabras de un amigo. Siempre es muy reconfortante, y como te digo me animo al escucharlas o leerlas en un correo... Por lo demás, en esta Semana Santa he procurado disfrutar de algunos buenos momentos con mi familia y amigos. Ha hecho buen tiempo que me ha permitido salir a la calle. En Málaga, como supongo en Sevilla, ya estábamos hartos de lluvia y de días grises... Supongo que habrás descansado en estos días y ya estarás metido de pleno otra vez en el trabajo cotidiano. Piensa en la suerte que tienes por poder llevarlo a cabo. Un beso muy fuerte, Lola.*

A finales de agosto, estando en mi querida Donosti, recibí una llamada de Nieves: Lola nos había dejado. Me pilló lejos, muy lejos, sin tiempo de maniobra. Sentí un gran vacío y recordé. Recordé cuando en 1997 se iniciaba una andadura profesional que compartiríamos muchos años. En esa época era raro el evento relacionado con los trastornos de la conducta alimentaria en el que no coincidiéramos. Ella siempre junto a

Nieves y todos buscando al que considerábamos nuestro maestro, Gonzalo Morandé, ansiosos por aprender, por organizar un nuevo modo de tratamiento que devolviera la esperanza a tantos pacientes y sus familias, entonces con escasa atención. Creo que Lola y Nieves, Nieves y Lola, hicieron algo muy importante: abrir esa puerta de esperanza para mucha gente que, en Málaga, no tenían una respuesta adecuada a sus demandas de asistencia. Me consta que abrieron un camino, mucho antes de que tantos otros fueran llegando con autoproclamas de pioneros. Nieves y Lola, Lola y Nieves, fueron las verdaderas artífices de que, en Málaga, los pacientes con trastornos alimentarios tuvieran un referente adecuado. Trabajaron con ADANER, organizaron Jornadas, su formación fue permanente desde el inicio, siendo como he dicho, habituales en todos los eventos regionales o nacionales que tuvieran como foco esos trastornos tan devastadores.

Se ha ido Lola, NILO, su Centro, continúa. Su espíritu queda ahí, al igual que su trabajo y su ejemplo. Ahora Nieves, junto con Julia, se enfrentan a seguir, a proseguir, en la línea de trabajo que Lola marcara con Nieves. No son ya los trastornos alimentarios lo que eran. Ya no son mediáticos, se han normalizado, son algo más, sin más. Pero están ahí, sigue estando. Y si en Málaga los pacientes precisan ayuda, NILO es el referente, como lo fue tantos años con Lola. Ahí sigue estando. Lola también.

El correo compartido con Lola, del que sólo una parte queda escrita en estas líneas, ha sido una experiencia enriquecedora, de las que más. He podido conocer una profesional, una amiga, una buena compañera. Y sobre todo, he podido conocer la honestidad. Es una pérdida irreparable, pero su ejemplo seguirá siendo su existencia entre nosotros. Estará Lola y sus seres más queridos, de los que supe a través de nuestras conversaciones. Un abrazo para ellos y a ti, Lola, hasta siempre.